

MARISCAL ANDRÉS A. CÁCERES EN EL TESTIMONIO DE SUS COMBATIENTES Y EN LA TRADICIÓN ORAL

ROBERTO MENDOZA POLICARPIO

COMISIÓN PERMANENTE DE HISTORIA DEL EJÉRCITO DEL PERÚ

Resumen

Del Mariscal Andrés Avelino Cáceres Dorregaray, se ha escrito mucho sobre su labor como militar y administrativa, ambas indisolubles visaban un solo objetivo: El Perú. Cáceres cristaliza las virtudes que deben poseer los líderes militares: inteligencia natural, esfuerzo, sabiduría y lealtad. Son muchos los testimonios que plasman su vida y obra, específicamente en lo referente a la guerra del guano y el salitre, es en ese sentido, que nos permitimos contribuir con este escrito, a conocer un poco más de su accionar en este período, basándonos en testimonios hallados en archivos militares de sobrevivientes que estuvieron con él, utilizando también la tradición oral recogida en algunos lugares por donde marchó.

“El sólo hizo la tarea de muchos hombres. Fue como la proa de una nave que caminase, aunque fuese mutilada. Los barapos de sus soldados brillaban como una bandera al sol. Parecía este puñado de hombres llevar la patria en brazos. Y hubo momentos en que pudo decirse que, en el Perú, no relucía oro de más quilates, que la espada de Cáceres”. (Jorge Basadre Grohmann. “Historia de la República del Perú”)

Palabras Claves: A. Avelino Cáceres; testimonios;

Abstract

Much has been written about Marshal Andrés Avelino Cáceres Dorregaray about his military and administrative work, both of which were inseparable and aimed at a single objective: Peru. Cáceres crystallizes the virtues that military leaders must possess: natural intelligence, effort, wisdom and loyalty. There are many testimonies that reflect his life and work, specifically in relation to the guano and saltpeter

war, it is in that sense that we allow ourselves to contribute with this writing, to know a little more about his actions in this period, based on testimonies found in military archives of survivors who were with him, also using oral tradition collected in some places where he marched.

“He just did the work of many men. It was like the prow of a ship that walked, even if it was mutilated. The rags of his soldiers shone like a flag in the sun. This handful of men seemed to carry the country in their arms. And there were times when it could be said that, in Peru, gold of higher carats did not shine than the sword of Cáceres. (Jorge Basadre Grohmann. “History of the Republic of Peru”)

Introducción

Rememorar, extensa y detenidamente, las glorias militares, las virtudes cívicas, la intensa y generosa vida, todos los méritos del insigne Mariscal Andrés Avelino Cáceres Dorregaray, sería una tarea de larga data de investigación. Sin embargo, con lo que conocemos sobre él, la historia da a su figura, sus verdaderos y gloriosos contornos y la posteridad ha de tributarle el homenaje de su más profunda veneración.

El año 2023, se cumplen 100 años de la muerte de este insigne militar su velorio y entierro fueron multitudinarios. Hubo ceremonia fúnebre de cuerpo presente en la basílica metropolitana, con guardia de honor de las escuelas militar y naval y de todas las tropas acantonadas en Lima y el Callao.

Cuentan los cronistas de la época que su féretro fue llevado en hombros hacia la Cripta de los Héroes en el cementerio Presbítero Maestro. En el camino, recibió vítores y homenajes de la multitud que esperaba el paso del cortejo fúnebre. Sus restos fueron depositados, con muchos honores, en su última morada.

El 14 de octubre de 1923, el diario El Comercio publicó: “*Ayer, con toda la solemnidad que el hecho extraordinario requería, se dio sepultura a un*

soldado que continuará, sin embargo, viviendo en la conciencia pública como un tipo representativo de los profesores del heroísmo. La nación agradecida cumplió el día de ayer con un mandato patriótico, y lo hizo con aquella emoción incomparable que tales mandatos provocan siempre”.

Los testimonios

Respecto a su vida militar, específicamente en la contienda que sostuvimos con el país del sur, son muchos los relatos que resaltan su accionar en ella, así una relación anónima señaló en torno a Cáceres:

*“Sus soldados, principalmente los reclutas indios con los cuales ha bajado del Cuzco, lo respetan y quieren porque en las duras jornadas el coronel es un soldado más, pero con mando. Un puñado de maíz tostado o cancha; un pedazo de carne seca por el sol o la helada, el charqui, simplemente puesta al calor de las brasas y aún, a veces, no más que unas cuantas papas endurecidas por el frío, el chuño, e imperfectamente cocidas; un poco de agua hecha hervir con algunas hojas de coca, bastan para conservar, en todo su vigor, esa organización de hierro...ese es el Cáceres que aman sus soldados”.*¹

Al respecto, el oficial Mariano Sosa Lozano, en una entrevista publicada en abril de 1940, en la revista ayacuchana “Crítica”, dijo que antes de comenzar la contienda, conoció a Cáceres en Iquique “... al mando del Regimiento Zepita de 880 plazas, al verlo por primera vez, tuve la intuición de que Cáceres sería el Caudillo de las tropas peruanas en la guerra desgraciada”.

Como todos sabemos, la historia hay que entenderla como un proceso permanente de búsqueda de nuevas fuentes; así, trabajos de archivo desarrollados en el Centro de Estudios Histórico Militares del Perú, Archivo Central del Ejército y la Biblioteca Nacional del Perú, nos han permitido conocer testimonios de sobrevivientes de esta campaña,

¹ Centro de Estudios Histórico Militares del Perú. Sección genealogía, caja M-1.

en su mayoría civiles, quienes narraron las acciones de armas en donde estuvieron presentes, a través de petitorios, reclamando al estado una pensión justa para poder subsistir.

Estas versiones son las de los soldados que en su mayoría procedían de casi todos los rincones del país y que no dudaron en enrolarse voluntariamente para defender a la patria. Estos testimonios nos acercan a la guerra de manera directa; es la historia contada desde abajo y que nos permitió publicar en el año 2017, el libro titulado: “*En la penumbra del olvido. Testimonios de sobrevivientes de la guerra de 1879*”. Tomo I. En esta publicación, aparecen muchos relatos de soldados que combatieron al lado del Caudillo de la Breña, parte de los cuáles insertamos en este artículo.

Así, durante la campaña del sur, el arequipeño Mariano Meneses Vela, quien había ingresado al ejército en 1878, como voluntario a los 13 años, o sea aún niño, mencionó que luego del enfrentamiento en San Francisco:

“Al amanecer del día 20, salimos con dirección a Tarapacá... nuestra retirada a través del desierto padeciendo de hambre y de sed y sin medios para poder atender a los numerosos heridos fue terrible.

Yo herido de un machetazo en la cabeza durante la batalla de San Francisco, con una herida que me abarcaba el cráneo hasta la frente, cuya cicatriz conservo visible; a pesar de tales padecimientos pude curar por la caridad de Dios y por el vigor de mi juventud, sostenida por el entusiasmo y la decisión de conquistar el triunfo definitivo para nuestras armas.

Llegados a un sitio llamado La Aguada el 21 de noviembre, tomamos rancho y descansamos esa noche, continuando el siguiente día a Tarapacá. Después de algunos días de descanso, en la mañana del 27, avistamos el ejército chileno que tomadas sus disposiciones de antemano, avanzaba sobre nosotros con el propósito de atacarnos simultáneamente por varios frentes.

Preparados para la lucha el señor coronel jefe de estado mayor don Belisario Suárez envió a la Segunda División al mando del señor coronel Cáceres, al alto de la pampa y a la tercera división al mando del señor coronel don Francisco Bolognesi a la quebrada.

A las 8 de la mañana rompió sus fuegos sobre el enemigo la 2da división siguiéndola en el acto la 3ra. En lo más duro del combate una bala de cañón mató el caballo del señor coronel Cáceres y envuelto en una nube de polvo quedó gravemente herido el señor coronel Suárez Mar, jefe del “Dos de Mayo”, quien murió pocas horas después.

En la tarde, protegidos por la 4ta y la 5ta división que llegaban de Mocha, decidimos en nuestro favor la victoria que ansiábamos tanto tiempo, persiguiendo al enemigo hasta una legua de distancia y tomándole su artillería y bagajes” (Mendoza, 2017, T.I, p. 92)

Otro testimonio es el relatado por el sargento 2do Máximo Durán Zeballos, quien en 1924, contó que: “Luego de San Francisco y en completa dispersión por las pampas del Tamarugal nos dirigimos hacia Tarapacá, abandonando el campo de batalla donde el coronel Cáceres reorganizaba nuevamente el ejército y no formando las divisiones completas, por las bajas de sufrimientos, dispersión, heridos, muertos y prisioneros, se formaron para que el día 24 reunidos al mando de nuestro 1er jefe Alejandro Herrera nos reunimos y formamos el cuerpo del ejército para impedir la entrada a la quebrada de Tarapacá...estando el coronel Cáceres al mando del “2 de Mayo”, del “Zepita” y “Guardias de Arequipa “en la misma quebrada, después de un riguroso combate en la pampa...allí nuestros jefes nos anunciaron el triunfo, y esto por ayuda de los “Nacionales de Iquique” y “Navales”, tomando la bandera chilena y estandarte por un moreno Santos y además prisioneros, esto fue el día 27” (Mendoza, 2017, T. I. p. 52).

En el parte oficial de este enfrentamiento, suscrito por el coronel Manuel Belisario Suárez Vargas, dirigido al general de división Juan Buendía Noriega, dice sobre Cáceres: “...el Zepita tomó cuatro de los cañones enemigos con sus municiones, una de las más notables proezas de la infantería, fue entonces cuando brilló el valor y cuando se revelaron

en todo su mérito la perseverancia y talentos militares del Comandante General de la Segunda División, señor coronel don Andrés Avelino Cáceres, que tuvo el acierto, tan raro en el arte de la guerra, de saber utilizar la victoria sin dejarse arrastrar ciegamente por ella.

Preocupado sólo del triunfo de nuestras armas, el coronel Cáceres moderó el ardor de sus soldados, organizó el mismo entusiasmo, y no pedía sino fuerzas que recordaran su plan admirablemente combinado y que redujo a la impotencia a los contrarios” (Parte de Tarapacá, Ahunada Moreno Tomo 6, 1884).

El mismo historiador chileno Vicuña Mackenna dijo: “...todo este vasto suelo sembrado de piedras y de cadáveres quedaba en poder del coronel Cáceres, que en el campo de batalla recibió las felicitaciones del general Buendía, del coronel Suárez y del ayudante argentino Sáenz Peña” (Vicuña Maquena, 1881).

Sucedida la campaña del sur, Cáceres participó en la defensa de Lima, batallas de San Juan y Miraflores, siendo infinidad los testimonios bibliográficos que citan su accionar en ambas batallas, así el Mariscal Andrés Avelino Cáceres dice sobre San Juan:

el Ejército Peruano, si bien experimentó una tremenda derrota en San Juan, no fue destruido, ni tampoco casi aniquilado, como sostienen algunos escritores. Porque el general vencedor no intentó lo que en terminología militar clásica, se llama ejecutar la victoria, sino que quedó contento y satisfecho con la derrota y dispersión de su adversario (Cáceres, 1973, p. 78).

De ello estaba tan convencido Cáceres, que reunió a los dispersos para realizar un ataque nocturno y sorpresivo a los chilenos, que, entregados al saqueo de la villa de Chorrillos, se encontraban en pleno proceso de desmoralización. Sin embargo, su plan fue desechado por Piérola, quien lo consideró estéril e inútil.

Tras la derrota en la batalla de Miraflores, muchos dispersos que abandonaban el campo de lucha y se dirigían a Lima, pedían a sus jefes continuar el enfrentamiento para impedir la entrada del adversario a la

capital. Este rasgo de patriotismo, dice Cáceres en sus memorias, lo convenció "...que a pesar de las desgracias sufridas, no se había quebrantado del todo el espíritu de las tropas y que aún era posible formar un nuevo ejército y operar con él en la región del centro de la república..". (Cáceres, 1973, p. 86).

La historia conoce como campaña de la breña, al conjunto de acciones armadas desarrolladas contra el invasor, luego de las batallas de San Juan y Miraflores. Fueron hechos ocurridos entre los años de 1881 – 1883; el concepto de breña significa terreno quebrado y escarpado.

El testimonio del soldado José Martínez Arbulú confirma esto: En efecto el General Cáceres hace propalar la noticia de que por un movimiento de flanco volverá al Centro, emprendió su peregrinación por las crestas de los Andes, con el pecho altivo, corazón sereno, con la fe de jefe indomable y con la fuerza de su escuálida cartuchera.

Formar un ejército numeroso con que levantar el ánimo abatido pero no muerto de la Nación y con las fuerzas adquiridas destrozar la cadena que uncía al pueblo peruano al carro del vencedor, he aquí el vasto plan realizable del General Cáceres (Mendoza, 2017, T.I. p. 71).

Respecto a los rasgos de Cáceres, nuevamente Sosa Lozano, en la revista "Crítica", de abril 1940, suscribe: "Cáceres era valiente, patriota y enemigo encarnizado del invasor. Su resistencia a la fatiga, al hambre y a la sed no tenía límites. Al igual que los soldados, se vestía de bayeta, caminaba a pie y dormía en el suelo en un pellejo. Era noble y puro como un indio, gallardo y heroico como un español. Nuestros soldados serranos eran sufridos y valientes, que caminaban cientos de leguas en pos del enemigo chileno".

El soldado Ciriaco Jiménez, sobreviviente nacido en Cerro de Pasco en el año de 1864, comentó:

La primera vez que vino la invasión chilena a esta ciudad, fue los primeros días del mes de Abril del año 1881- El Regimiento "Esmeralda" y un escuadrón de caballería. Después que se regresaron a Lima los chilenos al mes más o menos, llegó el General Cáceres, con su Estado Mayor de la parte del norte – En la Plaza del Comercio hoy Centenario, en esta ciudad, dijo en

términos patrióticos, que su misión era realizar una paz honrosa con el enemigo, que nos ha ganado la guerra por suerte.

Espero señores, me acompañen a cumplir este deber sagrado para nuestra Patria. Dicho esto nos presentamos al local de la Diputación de Minería, hombres de edad y jóvenes; yo tenía 17 años.

El General Cáceres nos dio el título de Artilleros- El 7 de agosto de 1881 salimos de esta ciudad, con dirección a Tarma, donde nos armaron con ocho piezas de cañones, cuatro grandes y cuatro chicos de los antiguos que usaron los españoles. Después continuamos la marcha hasta Chosica, Cuartel General de las tropas peruanas, en cuyo lugar estuvimos acampados tres meses [...] (Mendoza, 2017, T. I. p. 62).

Otro relato es el de Esteban Martel Meza, natural del distrito de Comas, provincia de Concepción, el redactó el 27 de setiembre de 1940, a los 80 años, el siguiente testimonio:

Recorrer los pasajes de nuestra historia, es revivir las acciones heroicas en que el patriotismo peruano siempre se ha manifestado en su plenitud. La historia se escribe o se conoce a través de documentos o relatos, para recordar los hechos en que uno mismo ha sido actor, tiene el profundo significado de esclarecer la verdad de los acontecimientos y este relato constituye precisamente un punto básico para hacer verdadera historia.

En la estrategia de guerrillas que el genial mariscal Cáceres hizo palpar el alma de la sierra y cuando se flameó en alto el esfuerzo heroico y tenacidad sobrehumana de los indígenas, hombres, mujeres y niños afrontamos con nuestras vidas la defensa del suelo patrio, llevando en nuestro pecho la rotunda decisión de triunfar o sucumbir.

Si la acción de las armas no culminaron en la victoria formal sobre nuestros enemigos, pero ha quedado triunfante el poder de resistencia y la posibilidad de salvar a la Patria de invasiones posteriores. Ya los historiadores, los sociólogos, han meditado sobre el carácter militar de los peruanos y sobre las causas que dieron origen a los resultados alternativos de los combates de los guerrilleros frente a las fuerzas organizadas de los chilenos (Mendoza, 2017, T. I. p. 66).

Sobre la batalla de Huamachuco, el sobreviviente José Martínez Arbulú señaló:

El General reunió el Consejo de Guerra y toda esa pléyade de valientes, optó por la sublime resolución: “Hay que tener serenidad en el peligro, una carga a la bayoneta es necesaria, las municiones escasean”.

Gorostiaga unido a Gonzáles cerraba el paso con más de dos mil hombres de las tres armas. El cerro Sazón defendía a Montán. Entramos en batalla en la dilatada llanura. Nuestro ejército tiene un primer arranque irresistible y cual inmensa avalancha, lo envuelve y lo destruye todo. La caballería enemiga con sus valerosas cargas es rechazada tres veces, la infantería debilita sus fuegos; la artillería contraria a lomo de mula, se apresta para emprender su retirada.

La victoria es nuestra y los clarines tocan diana.

El enemigo se apercibe de nuestro triste estado y vuelve con nuevos bríos a la lucha...la muerte principia a cegar queridas existencias. El sacrificio está consumado. Silva, Gastó, Aragonés, Tafur, M. Ponce de León, Vila, Oppenheimer, Zavala, Váscos, Ramírez, Cáceres y más tarde Prado, Luna, Portugal y tantos otros, dieron en aras de la honra el precioso contingente de su sangre, con la heroica enseñanza que quisieron legar a su Patria.

¡Cuanto habría cambiado la faz de la guerra internacional, con una victoria iniciada por el admirable vencido de Huamachuco!”.

Sobre la misma batalla, el ya citado Mariano Meneses dijo: Aunque nuestro ejército se encontraba afectado por las enfermedades y el cansancio, el señor general Cáceres resolvió atacar Huamachuco con los 1,200 hombres que tenía a sus órdenes. En la madrugada del 8 de Julio salimos del lugar llamado Tres Ríos, tomando las alturas de donde ordenó el ataque. El señor coronel Secada recibió orden de ocupar el cerro llamado “Cuyulgo” que domina la población y el coronel Recavarren que flanqueara la izquierda del enemigo envolviéndolo. A los primeros disparos de nuestra artillería, el enemigo que se dio cuenta de nuestra intención, abandonó la ciudad y corrió a refugiarse en el cerro “Sazón”, situado al norte, que constituye una magnífica posición. Como

consecuencia de esta retirada cayó en nuestras manos la caballada, pertrechos, vestuarios y equipos tanto de oficiales como de tropa. Una vez fortificado en el cerro inició un nutrido fuego de artillería sobre nuestras tropas que ingresaban a la población, trabándose después un tenaz combate con nuestra infantería que llegó hasta las mismas faldas de sus posiciones. Así, transcurrió todo el día 10.

A las primeras horas de la mañana siguiente, el enemigo movió una fuerza, que en son de ataque comenzó a descender el cerro con dirección a nuestra derecha y para contenerla destacó el general Cáceres al Batallón “Junín”, que después de un recio combate la obligó a retroceder. Más tarde, nuevas fuerzas comenzaron a bajar sobre nosotros, que fueron también batidas por los batallones “Junín” y “Jauja”. Insistió el enemigo en su actitud y el general Cáceres destacó las fuerzas a sus órdenes en la siguiente forma: por la derecha el capitán de navío Astete con los batallones “Apata”, mandado por el coronel Goyzueta y “San Jerónimo”, mandado por el coronel Gonzáles; por el centro la división del coronel Gastó compuesta de los batallones “Concepción”, mandado por el coronel Carrión y “Marcavalle”, mandado por el coronel cresco. Atacando por la izquierda el propio general Cáceres con los batallones “Tarapacá”, mandado por el coronel Espinoza y “Zepita”, mandado por el coronel Borgoño. Empeñada de este modo la batalla nuestro ejército obligó a retroceder al enemigo hasta una cadena de lomas que nace de un costado del cerro Sazón.

El valor de nuestros jefes y el impulso generoso de nuestros soldados, permitió desalojar al enemigo de sus fuertes posiciones, obligándolo a replegarse en elevados atrincheramientos, por lo que el general Cáceres ordenó bajar la artillería y emplazar frente a esas posiciones. Nuestro entusiasmo entonces fue tan grande que sin vacilar y en forma incontenible ascendimos el cerro en demanda del enemigo a pesar del fuego infernal que nos hacía, obligándolo a huir a la llanura donde tuvo que ser contenido a sablazos por su propia caballería. Cuando habíamos llegado casi a la cima del cerro “Sazón”, conquistando la victoria, agotadas nuestras municiones y faltos en absoluto de bayonetas, no pudimos continuar nuestro ataque contra el enemigo que, frente a nosotros se encontraba sobrecogido de espanto. No pudimos consolidar el éxito alcanzado, a costa de nuestra situación tuvimos que descender del cerro, vencidos por la fatalidad antes que por nuestros

adversarios, que nos persiguieron cruelmente, aumentando terriblemente el número de nuestras bajas. En esta retirada vi brotar de los ojos de muchos de nuestros soldados, esas lágrimas amargas que se vierten ante las grandes desgracias irreparables... [...]. (Mendoza, 2017, T. I. p. 95)

Luego de esta batalla, el combatiente Juan E. Quintana contó:

Después de la Batalla de Huamachuco, el General Cáceres llegó a Jauja el 26 de julio de 1883. Allí me puse a sus órdenes y seguí prestando mis servicios en su Secretaría. El General Cáceres principió a organizar su nuevo Ejército, bajo la base de los cien hombres armados al mando del Coronel Dávila, que ya estaba en Jauja [...] . (Mendoza, 2017, T. I. p. 135)

Para concluir quisiera relatar, en base a vivencias pasadas, algunos hechos históricos relacionados con nuestro ilustre Mariscal. Esto lo hago tomando como fuente la tradición oral, ella que se mantiene en la memoria de los pueblos y ha legado de generación en generación, los acontecimientos que se transmiten a nivel familiar, en reuniones sociales o en la conversación cotidiana. Estos recuerdos nos dan una información precisa de la guerra.

En la década de 1980, conversé con un señor de apellido Panana, quien vivía en la primera cuadra del jirón Andahuaylas; allí guardaron un cañón recuperado tras las batallas de San Juan y Miraflores.

Me comentó que este cañoncito lo escondieron en el teatro Politeama, cuyo dueño italiano, colaboraba con los peruanos. Como los chilenos sospechaban que allí guardaban un arsenal, este cañoncito fue llevado a la casa de Antonia Moreno, esposa de Cáceres que vivía en la citada cuadra de Andahuaylas.

Revisando las memorias, de doña Antonia, ella señala que dicho cañoncito, fue sustraído de Lima simulando un entierro, que lo desmontaron e introdujeron en un féretro llevándolo en dirección al cementerio, sacándolo de Lima.

En Matucana, la señora Alberta León Aylas, me refirió que Cáceres en las alturas, hacía formar a centenares de auquénidos con las cabezas cubiertas por una gorra con cinta roja y blanca, que ya

caracterizaba a sus combatientes, de este modo hizo que los adversarios creyeran que era abrumadora la cuantía de sus tropas. Como sabemos, Matucana fue la sede del Ejército del Centro.

Una hora más arriba de Matucana se encuentra San Mateo de Huanchor, cuna de Mateo Vera Chuquiguaranga, conocido como “El cholo Vera” o “El León de la quebrada”. Su biznieta Maritza Burin Shurko me contó que cuando Cáceres llegó a la zona, Mateo Vera se le presentó con 60 hombres bien apertrechados para unirse al ejército de la resistencia.

En San Jerónimo de Tunán, ya en el valle del Mantaro, el señor Máximo Veliz Ávila, me refirió que cuando Cáceres llegó a la zona, se le presentó el coronel Melchor Gonzales Santibáñez con muchachos de la comunidad quienes formaron el batallón San Jerónimo N° 10, con un efectivo de 440 hombres.

Causales de la guerra determinaron que las tropas de Cáceres iniciasen una larga marcha al norte del país, para unirse con las del coronel Miguel Iglesias acantonado en el departamento de Cajamarca.

Al llegar a Huamachuco, se planteó el enfrentamiento contra el enemigo, llevado a cabo el 10 de julio de 1883; en un primer momento nuestras tropas avanzaron en forma avasalladora, logrando escalar las posiciones adversarias. Lamentablemente, la falta de municiones hizo que el triunfo se trocara en derrota.

Luego de la batalla, se dio la orden de que los combatientes peruanos marcharan a su lugar de origen, regresando los restos del batallón San Jerónimo por caminos extraviados para no ser apresados por los enemigos. Por ello, se introdujeron en las malezas donde abundan zarzamora con espinas, rompiéndose los uniformes que llevaban, volviéndoseles en harapos. Esta peregrinación duró cerca de un mes.

El 16 de agosto de 1883, llegaron a su pueblo. Ese día la comunidad se había agolpado en la plaza principal, dando inicio a las festividades en honor a su patrono. Al son de las bandas del lugar, comparsas de bailantes ingresaban por los cuatro puntos cardinales, en medio de la expectativa de los concurrentes; en esos momentos de algarabía, aparecieron por una esquina los sobrevivientes de

Huamachuco, quienes ingresaron bailando de alegría al llegar a su pueblo de origen, pensando que las celebraciones eran en su honor por volver de la guerra, mientras que los lugareños creían que se trataba de una nueva comparsa, ya que aún no reconocían a sus familiares.

Grande fue la emoción de los pobladores al darse cuenta que no era una nueva compañía de bailantes, sino sus parientes quienes volvían de la cruenta contienda, muchos descalzos y con los uniformes destrozados. Esas conmovedoras escenas, ofrecidas por los sobrevivientes, impresionaron grandemente a todos los pueblerinos, grabándose hondamente la escena, orgullosos de ser compueblanos de tan heroico tropel.

Lágrimas, risas, abrazos. Lo anecdótico del caso hizo que ese día, naciese una nueva danza que se representa en la fiesta en honor a San Roque y que perdura hasta el día de hoy: “Los Avelinos”, nombre dado por los combatientes de San Jerónimo de Tunán, en honor al legendario Mariscal Andrés Avelino Cáceres Dorregaray, paladín y líder de la contienda con el país del sur.

El 10 de noviembre de 1919, fue honrado con el título de Mariscal por el presidente Augusto B. Leguía. Con la salud desmejorada por los años transcurridos y el peso enorme de las campañas militares, se trasladó al balneario de ancón, falleciendo el 10 de octubre de 1923.

El presidente Leguía, manifestó que su desaparición “*constituía una desgracia para la república*” y ordenó los máximos honores en su sepelio. El ejército dispuso que sus miembros llevaran luto por ocho días. Al morir Cáceres, revivieron sus gloriosas hazañas. Al desaparecer el ciudadano, surgió el paradigma. Al bajar a la tumba, ascendió a la inmortalidad.

Es tan grande en nuestra historia la gallarda figura de este soldado epónimo, que sale de los límites de ella y penetra en los de la leyenda que embellece la vida. El pincel, el buril y la lira perpetuarán su nombre; la tradición recogerá sus hechos, el espíritu de las nuevas generaciones se reconfortarán con su ejemplo: Paradigma.

Hoy cobran más vigencia sus palabras que siempre debemos tener presentes:

“El Perú será grande, el Perú será lo que debe ser, si todos los peruanos nos comprometemos virilmente a engrandecerlo”. Discurso pronunciado por Caceres

Bibliografía

BARRA, Felipe de la. La Historia Militar y sus fuentes. Lima. 1959

BASADRE, Jorge. Iniciación de la república. Lima. 1929 s/f Historia de la República del Perú. 17 Tomos, Lima, sexta Edición.

BUENDÍA, Juan. La campaña del sur. Memoria del General Juan Buendía y otros documentos. Lima 1967

BULNES, Gonzalo. Guerra del Pacífico. Santiago de 1968-1970 Chile.

CACERES, Andrés. Memorias 1973

COMISIÓN PERMANENTE DE HISTORIA DEL EJÉRCITO. Historia General del Ejército Peruano. HISTORIA DEL EJÉRCITO 4 Tomos, Lima. 1980 - 1984

COMISIÓN PERMANENTE DE HISTORIA DEL EJÉRCITO. 1981 “La Gesta de Lima”. Lima.

COMISIÓN PERMANENTE DE HISTORIA DEL EJÉRCITO. 1981 – 1983. “La Guerra del Pacífico 1879 – 1883. La Resistencia de la Breña”. 3 Tomos. Lima.

COMISIÓN PERMANENTE DE HISTORIA DEL EJÉRCITO. 1982 “Los Héroes de la Breña”. Tomo I. Lima.

COMISIÓN PERMANENTE DE HISTORIA DEL EJÉRCITO. 1999 “El Ejército Unido a la Historia”. Lima.

COMISIÓN PERMANENTE DE HISTORIA DEL EJÉRCITO.
2005. “El Ejército en la República: Siglo XIX”

DELLEPIANE, Alonso. “Historia Militar del Perú” Tomo II 1932

MARKHAM, Clement. La guerra entre el Perú y Chile. s/fLima.

MENDOZA MELÉNDEZ E. “La Campaña de la Breña”. Tomos : I
1993 y II. Lima

MENDOZA P. Roberto. Arequipeños en la Independencia y Defensa
Nacional. Lima. 2009

MENDOZA P. Roberto. En la penumbra del olvido. Testimonios De
sobrevivientes de la guerra de 1879. 2017

PAZ SOLDÁN, Mariano F. 1979. Narración histórica de la guerra de
Chile contra el Perú. 3 Tomos, Lima.

VICUÑA M. Benjamín Historia de la campaña de Tacna 1881 y Arica
1879 - 1881. Santiago.

ROBERTO MENDOZA POLICARPIO

Historiador de la Comisión Permanente de Historias del Ejército del Perú.

Realizó estudios superiores en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos – Facultad de Ciencias Sociales, Especialidad Historia.

Conferencista en Escuela Militar de Chorrillos “Coronel Francisco Bolognesi”, Escuela Superior de Guerra del Ejército, Universidades, Institutos y Centros Educativos sobre diferentes temas de historia nacional. Es autor de “San Mateo de Huanchor. Pasado y presente”. “El Combate de Concepción”. “Apuntes biográficos de personajes huarochiranos”, “Apuntes históricos de Héroes y personajes militares del Perú “. “Apuntes biográficos de personajes del Ejército del Perú”. “Arequipeños en la Independencia y Defensa Nacional”. “En la penumbra del olvido. Testimonios de sobrevivientes de la guerra de 1879”.

Ha recibido las condecoraciones Medalla al Servicio Civil del Ejército, en el grado de Distinguido, Medalla como Personaje Ilustre, por el Club Departamental Tacna.